

Los actores se movían en un ambiente menos grueso y denso que el de la realidad; la fábula tenía alas, y la imaginación revolaba feliz. — Nadie como Shakespeare, terrible realista, crudo y sangriento, ha sabido reconocer los derechos de la fantasía y abrirnos de par en par el palacio de los sueños azules y color de rosa. Y el habla castellana, empleada con certero tino por Benavente, era luminosa y elástica al revestir los pensamientos del autor de *La Tempestad*...

* *

Los actores representaban muy bien. La Cobeña y Thuiller estaban elegantes; las líneas de los preciosos trajes venecianos realzaban la figura; la ilusión, por este concepto, se completaba; la decoración, semejante a un país de abánico, a un jardín de misterio y poesía, aumentaba el efecto. Nos alejábamos — ¡qué satisfechos! — del mundo tangible; estábamos a cien leguas de los desastres, de la marejada política, de las hipótesis electorales, de la flamenquería, de la trama burda y vulgar de la vida diaria. Eramos — por espacio de tres horas — habitantes de una isla desconocida, y nos arrullaba el rumor de olas suaves que se quebraban en playas de arena de oro. Saborear la impresión, entregarse a ella sin desconfianzas ni objeciones que demuestran estrechísimo criterio... Así aconsejaba el instinto.

* *

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El año pasado, en el teatro Español, fracasó un arreglo de Shakespeare — más que arreglo, completa refundición, — cuyo autor era Eugenio Sellés. No vendría a cuento discutir ahora el acierto ó desacierto del refundidor, el desempeño de los papeles principales, encomendado el de *Cleopatra* a María Guerrero y el de *Antonio* a Vico, ni menos revolver la arqueología faraónica para indagar si los detalles de indumentaria, mobiliario y demás particularidades de la *mise en scène* se ajustan a las seminimas de la ciencia y de los descubrimientos más recientes. Después de todo, un público que no se convence con Shakespeare, no anima gran cosa a los empresarios a meterse en honduras y derroches. Aquí se pueden arriesgar cuartos en decoraciones destinadas a una zarzuelilla, que si prende bien, recompensará el esfuerzo; pero *correrse* en las alturas literario-escénicas, eso sí que sería atrevimiento, ó mejor dicho, temeridad insigne.

A pesar de la lección experimental y del manifiesto desvío, la compañía del teatro de la Comedia se decidió este año a servir al público de la corte otro trozo del gran Guillermo. El cual no es tan sólo el primer creador de figuras trágicas y dramáticas, sino el más sazonado y deleitable y profundo autor cómico: la risa, el discreto, la agudeza, le pertenecen tan de derecho como le pertenecen las lágrimas y las convulsiones del dolor desesperado ó los sublimes arranques de la pasión en su paroxismo. Y tiene todavía Shakespeare en su lira otra cuerda, que ni es trágica ni es cómica, sino por turno alegre ó triste; llámanse *comedias* algunas creaciones de Shakespeare, que yo llamaría *poemas fantástico-reales*: uno de estos fué el elegido para tantear de nuevo el terreno y ver si Shakespeare, resueltamente, es ó no autor de *cartel* en Madrid.

La comedia, que en inglés se titula *Twelfth night*, ó *What you will*, y que en español recibió el lindo nombre de *Cuento de amor*, es en efecto un cuento... en el sentido más poético, más juvenil, de la palabra. Del arreglo, adaptación y transformación de la obra sepsiriana encargóse Jacinto Benavente, y nunca las cualidades finamente literarias y la sensibilidad hipernerviosa de este autor se lucieron como en la refundición del *Cuento*. Con aérea ligereza y con intensa penetración a la vez, tradujo las frases, los conceptos, las ideas de aquel poemita sentimental-humorístico, en el cual una mezcla deliciosa de ternura y de ingeniosidad, de gracia y de melancolía, revelan el paso del Niño inspirador, del Ciego divino, del Amor en fin, mágico prodigioso que todo lo embelee, lo dora, lo reviste de irrisación sombría y fulgurante...

* *

Asistí al estreno. Confieso que estuve pendiente del diálogo, de los incidentes sencillísimos, importantes *hacia dentro*, de la comedia. Era como un sueño, pero de esos sueños que hacen sentido, que riman y se enlazan armoniosamente, desarrollando perspectivas de ilimitada belleza — cosa fluida, a la vez sutil y penetrante como un aroma que embriaga.

Lo hice, y me salió la cuenta, porque pasé una noche encantadora. Y creía de buena fe que la pasaba igual la mayoría del público. En esto recibí un desengaño. Los espectadores salían ó descontentos ó como aquel á quien le dan incomprensible broma y no sabe si reírse ó amostazarse. — Por segunda vez Shakespeare «no entraba» en Madrid.

«¡Qué inverosímil!» decían á voz en cuello los mismos que antaño gritaban contra los desmanes del realismo.

«¡Qué insulso! ¡Qué falta de argumento!» exclamaban los mismos que ven doscientas noches seguidas un pasillo, cuyo autor redujo su ambición á reproducir, con diferente música, el pasillo del año anterior, que á su vez reproduce el de 1897.

Y había otros más quejosos aún: otros que se preguntaban, en tono confidencial: «Y ¿qué quiere decir esto? ¿Usted ha visto la *miga*? ¿Se enteraron ustedes? ¿Han entendido ustedes algo?»

¡Ah! Es preciso repetir que «el espectáculo está dentro del espectador;» fuera, nunca. Confirmando las teorías idealistas y subjetivistas de los France y los Lemaitre, nadie acierta [a salir de su *yo*, nadie ve sino los fantasmas que se reflejan en las paredes de su interior caverna. Es inútil representar una ficción cultísima y delicada para un público sin preparación, sin antecedentes. Resbala la belleza íntima y ensañadora sobre ciertas imaginaciones, como el aceite sobre el acero. No pueden recibirla porque no saben abrirse, cual la rosa, admitiendo el rocío menudo que la abrillanta. — En obras del género de *Cuento de amor* tiene el espectador que colaborar, tiene que prestarse, no sólo por medio de la buena voluntad y la complacencia, que siempre se le supone al que adquiere una localidad y la ocupa, sino con el auxilio de algo que no se compra en la taquilla; un depósito de sensibilidad y una suma de ideal artístico, imposible de crear en el espacio de una noche...

* *

Tal vez es de los síntomas expresivos y claros de nuestra general decadencia que no se pueda reunir mucha gente para saborear obras de Shakespeare, ni aun arregladas por eminentes literatos españoles. No digiere tal alimento el estómago nacional. En Shakespeare hay siempre más contenido que cáscara y oropel; y en el teatro que España prefiere, la vestidura y la exterioridad, lo saliente y de realce predominan. El entendido crítico catalán José Yxart, que estudió á fondo este modo de ser de nuestra raza, refiere en uno de sus libros: «Hará cosa de dos años, algunos literatos y artistas de buen humor concibieron la idea de escribir un drama en versos muy sonoros, pero que no dijeran nada absolutamente. Escrito el drama, trataron de experimentar el efecto que produciría en el público, para lo cual eligieron un teatro de un pueblo de la costa. El drama, según cuentan, empezó así:

»Ya amanece claro el día
por detrás de los torreones
y pasean los leones
entre néctar y ambrosía.

»Y continuaba durante tres actos en la misma forma.

»Pues bien: el público no percibió el engaño hasta muy adelantada la representación. Oía con entonación rimbombante y melodiosa ese *amanece, torreones, leones, néctar*, y la sugestión de estas imágenes confusas le bastaba para sentir una excitación análoga á la que produce la poesía.»

No diré que sea fácil embocarles á los espectadores habituales de la Comedia el *camelo* que tardaron bastante en advertir los del pueblecito de la costa. Claro que los periodistas, los críticos, la gente en conjunto, no iba á dejar que los leones se paseasen impunemente entre néctar y ambrosía, ó como quien dice, entre Pinto y Valdemoro. Habría que *razonar* estos leones, este néctar, con arreglo á las fórmulas dramáticas al uso. Y una vez razonados, entonces sí que podrían pasearse á sus anchas, y arrancar palmo a palmo, y lágrimas y explosiones de entusiasmo. Efectos y efectos; telas de relumbrón, con florones barrocos y rameados de oro falso, consiguen arrebatar. Una tela tan sedena y tan flexible como la de *Cuento de amor*, debí prever que no sería de moda.

* *

Si yo fuese archimillonaria, construiría y sostendría un teatro donde representasen á Shakespeare. No diariamente, porque el arte, á diario, pierde la fuerza sugestiva y degenera en hábito ó inerte rutina; pero con frecuencia, siempre que el alma lo pidiese. En Shakespeare se encuentra todo: la comedia, la tragedia, los grandes dramas de la historia. Cuando España se *regenera*, como ahora se suele decir, podrá subir Guillermo á la escena española. Guillermo, que es un creador completo, necesita públicos completos, capaces de sentir y gozar con el terror, con la reflexión, con la pasión, con el sueño, con la sal concentrada y con la emoción intensa. Público en que haya más sanguíneos, nerviosos y biliosos, que linfáticos y anémicos. Público que sepa reconocerse á sí propio en cada matiz, aspecto y *posición* de la vida humana. — Mientras no sea así, á Shakespeare, para que el público lo acepte, será preciso envolverle en el mantón de las donosas *bravías* ó disfrazarle convirtiendo á *Troilo* y *Cresida* en zarzuela bufa; y mejor que mejor si de la *Comedia de equivocaciones* puede salir una *piececilla de quid pro quos*, de las *Alegres comadres* una gresca en una taberna de las Vistillas, del *Mercader de Venecia* un episodio de casa de préstamos y capa empenada..., y así sucesivamente.

EMILIA PARDO BAZÁN